LIBROS

Reiner Stach
•KAFKA. LOS PRIMEROS AÑOS. LOS AÑOS DE LAS DECISIONES. LOS AÑOS DEL CONOCIMIENTO

Andrés Ortega
•LA IMPARABLE MARCHA DE LOS ROBOTS

Arno Burkholder
•LA RED DE LOS ESPEJOS. UNA HISTORIA DEL DIARIO *EXCÉLSIOR*, 1916-1976

Javier Cercas
•EL PUNTO CIEGO

Gabriela Díaz Patiño
•CATÓLICOS, LIBERALES Y PROTESTANTES. EL DEBATE POR LAS IMÁGENES RELIGIOSAS EN LA FORMACIÓN DE UNA CULTURA NACIONAL, 1848-1908

BIOGRAFÍA

Nueva vida de Franz Kafka

Reiner Stach
KAFKA. LOS PRIMEROS AÑOS. LOS AÑOS DE LAS DECISIONES. LOS AÑOS DEL CONOCIMIENTO
Traducción de Carlos Fortea
Barcelona, Acantilado, 2016, 2368 pp.

LUIS FERNANDO MORENO CLAROS

Reiner Stach (Rochlitz, 1951) dedicó casi dos décadas a culminar la inmensa biografía de Franz Kafka (1883-1924) que ve ahora la luz en Acantilado con tanto lujo (estuche de dos tomos) y magnífica traducción de Carlos Fortea. Solo Goethe y Thomas Mann –los dos gigantes por antonomasia de las letras germanas– cuentan con biografías de semejante envergadura.

Esta obra apareció inicialmente en tres tomos independientes (en 2002, 2008 y 2014). El primer volumen no trataba de la niñez de Kafka sino que introducía a los lectores en medio de su vida adulta y se titulaba *Los años de las decisiones*; el siguiente fue *Los años del conocimiento*, dedicado a la última etapa del escritor; la trilogía culminó con el tomo sobre la época de niñez, *Los primeros años*. Tan ilógica distribución se debió a que Stach había decidido esperar a que una oportuna desclasificación de archivos del antiguo Telón de Acero le facilitase sus investigaciones sobre los primeros tiempos de Kafka y la historia de su familia, afincada en la comunidad judía de Praga.

Aunque Kafka es uno de los clásicos modernos más populares –afianzado por infinidad de estudios académicos–, faltaba su "biografía" definitiva. El amigo por excelencia de Kafka, Max Brod, fue su primer biógrafo. Este, sionista convencido e interesado por la filosofía, editó por primera vez los escritos póstumos de Kafka, ignorando su deseo expreso de que fueran destruidos a su muerte. Brod caracterizó a su amigo como una especie de santo laico y un filósofo de obra esotérica revestida de literatura. Semejante imagen perdura en el tiempo, aunque los biógrafos posteriores –Ernst Pawel, Hartmut Binder, Klaus Wagenbach– trataron de matizarla presentando a un Kafka más "de carne y hueso". Reiner Stach avanzó en esta línea. Cabe preguntarse, sin embargo, cuál es la novedad de estas 2,300 páginas si se enfrentan a la inmensa literatura kafkiana.

Lo principal es su exhaustividad, desde luego; su copioso caudal de información, pero también su magia literaria. Antes de esta biografía, sabíamos muchas cosas de la vida de Kafka, pero jamás antes fueron dichas con tanto talento y profundidad como lo hace Stach. Su gusto por el detalle es una virtud, y hasta sus excursos narrativos suponen un goce para el lector.

Los detalles y la información aportarían poco si no conformaran finalmente el rompecabezas completo de una personalidad, de un carácter y de la "circunstancia vital" (en palabras de Ortega y Gasset) en la que Franz Kafka se desarrolló como ser humano. Su singularidad queda definida por Stach con justeza, ya no será más aquel santo filósofo de Brod, ni el hombre atrozmente atormentado por su incapacidad de llevar una vida "normal", aislado en un interior pétreo e inabordable, genial y medio autista, nacido como por arte de magia y sin pasado. Stach nos revela a un Kafka situado a la altura de su tiempo e inmerso en sucesos reales que lo afectaron.

La Primera Guerra Mundial, por ejemplo, que lo sorprendió con 31 años (no participó en ella al declarársele "no apto" por debilidad física), influyó de manera negativa en la vida cotidiana de los Kafka; el autor de *El proceso* apenas se refirió a ella en sus escritos íntimos, pero Stach ha sabido ver los estragos que causó en su ánimo y en su salud; condicionó además su relación de un lustro con su prometida Felice Bauer. Este amor de Kafka, esencialmente epistolar (hoy las *Cartas a Felice* son literatura de primer orden), lo escruta Stach al detalle y aporta datos desconocidos de la novia y de su familia. Lo mismo sucede con otros dos amores kafkianos: Julie Wohryzek y Milena Pollak. Relaciones malogradas. Solo con la jovencísima judía de origen polaco Dora Diamant fue capaz Kafka de independizarse de su casa y experimentar algo parecido a un vínculo estable; por desgracia esto le ocurrió solo nueve meses antes de morir.

Gracias a las investigaciones de Stach sabemos más del excelente trabajo que Kafka desempeñó en el Instituto de Seguros Laborales de Praga: el autor de *La transformación* fue un funcionario modélico e imprescindible, elogiado y respetado. Aun así, él nunca habló bien de su trabajo y lo consideró una carga de la que tenía que liberarse para vivir y escribir. Conviene recordar que para Kafka la vida no era nada sin literatura.

Murió joven, poco antes de cumplir 41 años, aquejado de tuberculosis laríngea. En su periodo de mayor esplendor literario, que coincide también con los años de su noviazgo con Felice, publicó *La condena*, *El desaparecido* y *La transformación*; escribió además los geniales capítulos sueltos de *El proceso*. La aparición de su enfermedad (en agosto de 1917) marcó un hito en su vida. Lo liberó de la relación sin salida que mantenía con Felice, le permitió ausencias justificadas de su trabajo, estancias de cura y reposo en sanatorios, afianzar su personalidad y hasta aguzar su lucidez ya omnipresente desde su juventud, pero lo mató. En 1918 enfermó, además, de la terrible pandemia que asoló Europa: la "gripe española". Sobrevivió de milagro, pero ya tocado sin remedio.

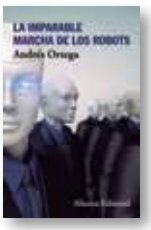
Los avatares vividos por Kafka solo acusaban más sus reflexiones sobre los asuntos que le interesaron, siempre los mismos: el poder, el miedo, la soledad, la tiranía del propio carácter que lo abocaba a un "infierno" muy particular, todo ello expresado una y otra vez en su literatura.

De esto y de mucho más nos informa Stach al introducirse poco menos que en la piel de Kafka. Ha creado una especie de "enciclopedia Kafka" en la que está todo lo que algún día quisimos saber sobre el autor praguense; una obra espléndida que llena de luz la vida y la personalidad de uno de los escritores más enigmáticos, pregnantes y decisivos de nuestro mundo moderno. –

LUIS FERNANDO MORENO CLAROS (Cáceres, 1961) es traductor y ensayista. En 2005 publicó *Schopenhauer. Vida del filósofo pesimista* (Algaba). Acaba de publicar una nueva traducción de *La transformación* en Atalanta, realizada con Pilar Benito Olalla.

ENSAYO

Noticias del futuro

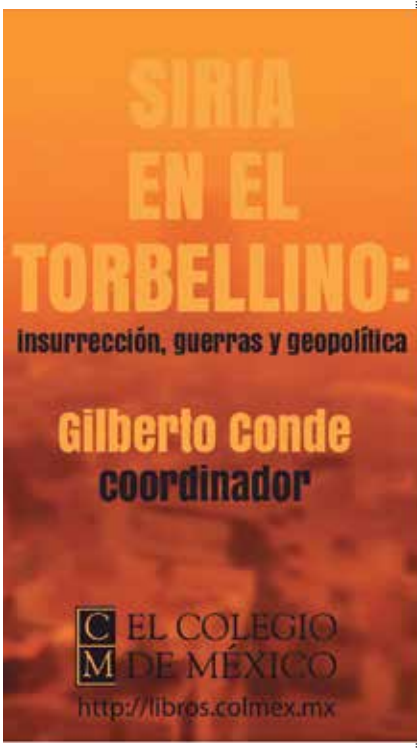


Andrés Ortega
LA IMPARABLE MARCHA DE LOS ROBOTS
Madrid, Alianza Editorial, 2016, 288 pp.

MANUEL ARIAS MALDONADO

Está claro que el hombre es un animal aprensivo. Acaso como medio para conjurar las amenazas futuras, se ha dedicado desde siempre con ahínco a imaginar los posibles callejones sin salida de la historia. Entre las distopías más habituales, reflejo de un idéntico miedo a las consecuencias de la tecnología, se cuentan la catástrofe ecológica que nos devuelve a la prehistoria y el porvenir deshumanizado a causa del dominio de las máquinas: *Mad Max* frente a *THX 1138*. El segundo de estos temores empieza a sernos familiar a nosotros, los contemporáneos, tal es la frecuencia con que oímos que la revolución tecnológica en marcha –que tiene en la digitalización su faceta más visible– amenaza con destruir la mitad de los empleos existentes sin procurar un reemplazo suficiente. Y si el desempleo industrial causado por la globalización nos ha traído el populismo, ¿qué nuevos males no vendrán de la mano de los robots?

A responder a esta pregunta, así como a muchas otras suscitadas por el mismo fenómeno, se dedica este magnífico libro de Andrés Ortega, ensayista ya veterano pero siempre inquieto en su atención a las ideas que están llamadas a perfilar los contornos de la sociedad venidera. Aunque en este caso hablamos de un asunto contemporáneo: en 2013 había ya 1,330 millones de robots en el mundo, y se espera que para 2018 ese número aumente a 2,327. Por eso dice nuestro autor que no ha escrito un libro de ciencia ficción, sino uno sobre el presente y el futuro predecible, que es aquel que podemos vislumbrar a diez o veinte años. Pese a lo cual, una parte de las consideraciones contenidas en el libro tiene un carácter forzosamente especulativo: no sabemos qué desarrollo conocerán la Inteligencia Artificial, la biotecnología o la impresión 3D. Sí sabemos, en cambio, que las innovaciones tecnológicas son socialmente absorbidas a cada vez mayor velocidad y es razonable esperar su aceleración exponencial en las próximas décadas. Quien no desee verse desbordado por las novedades tiene en este trabajo una introducción completa y accesible en nuestra lengua.



Un argumento central de Ortega es la disolución de la barrera entre los robots y los humanos, que quizá no percibimos con la suficiente claridad debido al carácter "invisible" de buena parte de esta tecnología. Aunque, bien mirado, los *smartphones* también son máquinas; quizá el problema resida menos en la visibilidad del robot que en sus representaciones culturales dominantes. Aquellos que más se ajustan a la imagen canónica del robot son los protagonistas del primer capítulo de este trabajo, a saber, los dedicados al cuidado de ancianos y enfermos que tanta presencia tienen en ese laboratorio geriátrico que es Japón. De este hilo tira Ortega para preguntarse por la relación entre robótica y afectos, que incluye una "robótica del placer" todavía por desarrollarse. Si la soledad está llamada a ser uno de los problemas del futuro, quizá los robots puedan acompañarnos; descartado está por el momento que ellos mismos puedan experimentar emociones. Menos mal: tras la derrota a manos de una computadora del campeón del mundo de *Go*, el complejo juego de origen oriental, esas emociones aparecen revalorizadas como aquello que nos distingue de los robots.

Son distintos los aspectos del avance de los robots a los que Ortega dedica su atención, empleando figuras de la mitología clásica para simbolizarlos mejor. Si la magia de Circe enfatiza los progresos que trae consigo una robótica emancipadora (especialmente prometedores en la sanidad, la agricultura, la minería o la educación), la diosa Minerva da pie a un excelente repaso de la Inteligencia Artificial, mientras que Hermes y Marte conducen respectivamente a una meditación sobre la geopolítica (los robots como instrumento en la lucha por la supremacía, con Europa rezagada) y los riesgos asociados a las armas autónomas. Por último, es Vulcano quien sirve de metáfora para la amenaza que se cierne sobre las clases medias. Ortega es lapidario: "a medida que las máquinas se vuelvan más capaces y más inteligentes, el espacio para actividades únicamente humanas se estrechará o desaparecerá". No es una advertencia nueva; hay que dilucidar si, como el autor parece sugerir, esta vez es diferente.

Para Ortega, la diferencia no está en la cantidad de empleos que, globalmente, pueden desaparecer, sino en la velocidad a la que eso sucederá y en la naturaleza cualificada de muchos de ellos. Televendedores, contadores, *brokers*, secretarias, pasantes, traductores, conductores, trabajadores agrícolas, pescadores: todos ellos están amenazados. Según una clasificación preexistente, no corren peligro los trabajos que no son complejos ni repetitivos (peluqueros, jardineros); tampoco los complejos y no repetitivos (investigación, ingeniería, programación). En cambio, las tareas repetitivas y complejas (cirujanos, pilotos), no digamos las simples y repetitivas, serán automatizadas. Es tentador extraer de aquí conclusiones pesimistas: una sociedad donde se vacía la clase media y la propia democracia entra en peligro debido a la creciente desigualdad entre rentas del capital y rentas del trabajo. Ante semejante panorama, sirve de poco apuntar que debemos

repensar nuestra relación con el trabajo y con el empleo: conviene aclarar cómo. Y con todo, nadie podía haber imaginado hace setenta años que las mujeres se incorporarían masivamente al mercado laboral y acabarían surgiendo empleos como *community manager*, entrenador personal o diseñador de videojuegos. Si la historia es una caja de sorpresas, ¿ha de ser esta vez un chasco?

En las últimas páginas, Ortega pone sobre la mesa la cuestión antropológica: los cambios que podemos esperar en nuestros sistemas sociales y culturales. Ante los nuevos *golems*, viene a decirnos, la relación humano-máquina habrá de cambiar y con ello el ser humano mismo. Se abre ante la vista el fascinante horizonte del transhumanismo, una ambigua promesa que empieza a concretarse. Sin embargo, el *cyborg* es solo un desarrollo tardío de mejoramientos humanos más sencillos, como unas gafas: la técnica es un rasgo humanísimo por más vértigo cultural que nos provoque. Podemos así prepararnos para el futuro robótico siguiendo los consejos de Kenneth Baker, de la Fundación Edge, quien sostiene que necesitamos "educación del siglo XXI para una economía del siglo XXI", o convenir con Ortega que debemos huir del turboconsumismo construyendo una buena sociedad, dando forma a "un nuevo contrato social para un futuro robótico". ¿Quién podría discutirlo? Pero estas fórmulas bienintencionadas adolecen de una inevitable vaguedad. No sabemos exactamente qué hacer, en parte porque nos enfrentamos a procesos sociales difícilmente reductibles a decisiones concretas que puedan revertirse mediante otras decisiones. Así que leer libros tan informativos e interesantes como este es una de las pocas cosas que podemos hacer con provecho, a fin de que cuando el futuro se haga presente no nos tome del todo desprevenidos. –

MANUEL ARIAS MALDONADO (Málaga, 1974) es profesor de ciencia política en la Universidad de Málaga. Su libro más reciente es *La democracia sentimental* (Página Indómita, 2016).

HISTORIA

Prensa y poder

Arno Burkholder
LA RED DE LOS ESPEJOS. UNA HISTORIA DEL DIARIO *EXCÉLSIOR*, 1916-1976
Ciudad de México, FCE, 2016, 188 pp.

MARÍA ANTONIETA BARRAGÁN LOMELÍ

Aquella fotografía icónica de un grupo de periodistas caminando por Paseo de la Reforma, abrumados y sin rumbo, ha pasado a la memoria del periodismo mexicano como el "golpe de Echeverría al *Excélsior*". Con esa sola imagen daba la impresión de que el diario de "la vida nacional" no tenía paternidad, ni origen, ni un entramado conflictivo y, sin embargo, el periódico fundado el 18 de marzo de 1917 mantuvo a lo largo de las décadas una relación compleja con el sistema político mexicano. Jorge Ibargüengoitia describió los vínculos entre la prensa y el poder político como una "red de espejos".

Arno Burkholder ha indagado desde hace años en el pasado de la prensa mexicana, sobre todo en los códigos que aceitan la maquinaria de esas dos fuerzas. Al historiador le inquietaba saber cómo se había llegado a esa situación de interdependencia y cuál era el origen que había desencadenado la expulsión –por acuerdo de una asamblea de cooperativistas de *Excélsior* en 1976– de Julio Scherer, uno de los directores más sólidos, según la opinión general.

La investigación historiográfica de Burkholder reconstruye el surgimiento de *Excélsior*, sus conflictos con el Estado, la consolidación del periódico y la gestación de los problemas que provocaron el desenlace de 1976. Es un libro generoso en detalles, documentación y entrevistas, sustentado en una bibliografía abundante sobre el episodio schereriano. Sin duda, su aportación más significativa, además de la sistematización e interpretación de la información y un análisis académico que nunca llega a ser tedioso, está en el hallazgo de archivos hasta ahora inéditos, como el de la Cooperativa Excélsior, a resguardo del Archivo General de la Nación.

Con este arsenal hemerográfico y una narrativa ágil y rigurosa, Burkholder divide en cuatro etapas la historia del diario: la creación de la empresa periodística, un proyecto editorial de Rafael Alducin (1916-1932); el surgimiento de la Cooperativa Excélsior (1932-1963); la lucha interna por el control del diario (1962-1968) y la fractura irreversible de la sociedad cooperativa y el descontento del gobierno ante la línea editorial de *Excélsior* (1968-1976).

La crónica tiene un orden cronológico pero Burkholder se toma pausas para retroceder o avanzar sobre hechos significativos y momentos claves que sirven para analizar de manera meticulosa todo el andamiaje de intereses y beneficios que fueron construyéndose entre la prensa y el gobierno. Los antecedentes de

esa sombra se remontan hasta el porfiriato. Porfirio Díaz practicó la represión y la censura a los periodistas, pero también subsidió tanto a los diarios que lo apoyaban como a los que no. El suministro económico, evidentemente, los convertía en aliados. Después del triunfo de la Revolución, el gobierno constitucionalista, luego de años de inestabilidad social y política, alentó la creación del periódico empresa y la modernización del periodismo centrado en la información noticiosa y en la venta de publicidad. Desde su fundación, *Excélsior* recibió el respaldo del poder carrancista, pero eso no lo libró de una relación siempre marcada por la tensión, los enfrentamientos y el pie en el cuello de los propietarios de las empresas editoriales.

A lo largo de su historia, *Excélsior* contó con la complicidad del Estado mexicano para sobrevivir. Eso no significa, expone Burkholder, que el periódico no haya tenido momentos de rebeldía, lucidez informativa y crítica ante los errores gubernamentales. El episodio que marcó el destino del diario fue el asesinato de Álvaro Obregón (julio de 1928). El tratamiento informativo que el periódico realizó de este crimen molestó a Plutarco Elías Calles. Los espejos se volvieron frágiles y estuvieron a punto de romperse. De golpe, *Excélsior* se convirtió en enemigo público y se obligó a la viuda de Alducin, Consuelo Thomalen, a vender el diario ante la amenaza de que ya no circularía. La venta a un grupo empresarial regiomontano fue el inicio del quiebre del periódico. Burkholder agudiza su análisis a partir de ese año en que la única alternativa para que el diario no muriera fue convertirse en cooperativa. Detrás de esa nueva alternativa laboral estuvo la figura de Calles. La cooperativa significaba a largo plazo la mejor forma de tener control sobre el periódico.

El gran espejismo que vivió el periódico entre 1932 y 1963, apunta el historiador, fue que en los papeles formales *Excélsior* pertenecía a sus trabajadores, pero en los hechos se convirtió en patrimonio personal de Rodrigo de Llano y Gilberto Figueroa, director y gerente general, respectivamente. Ambos gozaron del apoyo estatal y se mantuvieron de facto como dueños del diario. El mecanismo fue tener contentos a los cooperativistas con beneficios económicos y sociales, y de ese modo alejarlos de las decisiones importantes.

El botín que representaba el poder económico y político del diario lo ambicionaban varios grupos que se organizaron como corrientes políticas para manejar las asambleas a su conveniencia y ganar los lugares estratégicos de la estructura administrativa y editorial. Uno de esos grupos lo encabezaron Julio Scherer y Manuel Becerra Acosta, hijo. Eran los "izquierdistas" que deseaban un periodismo moderno y democrático, pero manteniendo, dice el historiador, una forma conservadora de gobernar la cooperativa.

Julio Scherer llegó a la dirección de *Excélsior* en agosto de 1968, con el visto bueno del presidente Díaz Ordaz. Una simpatía que se fracturó con el 2 de octubre. Un editorial del día siguiente, donde se responsabilizaba al poder político de la masacre de Tlatelolco, prendió las alertas del Ejecutivo. Era momento de ponerle un alto a Scherer y a sus colaboradores. Eso le correspondió a Luis Echeverría, pero el terreno estaba abonado por una creciente inconformidad de los cooperativistas disidentes.

Burkholder concluye que el golpe que sufrió el 8 de julio de 1976 no fue solamente producto de una decisión presidencial. "La Cooperativa Excélsior no confiaba en su director y el Estado ya no estaba dispuesto a sostenerlo como en el pasado".

La red de espejos se había hecho añicos. –

MARÍA ANTONIETA BARRAGÁN LOMELÍ es periodista y profesora de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la UNAM.

ENSAYO

Transformar el mundo

Javier Cercas
EL PUNTO CIEGO
Ciudad de México, Literatura Random House, 2016, 144 pp.

FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ

Vivimos –quién lo duda– tiempos difíciles. No cabe hacer como que no pasa nada. Debemos enfrentar lo que viene. Nada de esperar el golpe. Es nuestro deber salir y plantar cara. No sirven las soluciones viejas a los problemas nuevos. Si es compleja la realidad no menos complejas deben ser las soluciones. Qué hacer, se planteó el líder rojo. Cambiemos el mundo. Y si no se puede por lo menos cambiemos nuestra forma de ver el mundo. Prepárese un té y adopte un sillón. O no tome nada y váyase a un parque. O súbase al metro. Y dispóngase a leer un libro serio de un autor ambicioso. Recorra sus páginas. Un libro ambiguo, irónico, polisémico, híbrido, que ofrezca múltiples perspectivas. No se trata de pasar el tiempo, que la cosa va en

serio. Se trata de transformar la realidad, de cambiar el mundo. O por lo menos la percepción que el lector tiene del mundo. Haga algo: lea novelas.

Eso es lo que dice Javier Cercas en *El punto ciego*. La novela es "impugnación de la realidad, fuego, dinamita, subversión moral y política, cualquier cosa salvo mero pasatiempo carente de consecuencias". Leyeron bien: fuego, dinamita. "Un hacha que rompa el mar de hielo que llevamos dentro", como escribió Kafka, "un puñetazo en el cráneo". Esto aplica, claro está, solo a las novelas auténticas, "en la medida –dice Cercas– en que toda literatura auténtica aspira a cambiar el mundo cambiando la percepción del mundo al lector". Las novelas, vistas así, no son cosa ociosa sino material ígneo, "sirven para cambiar la forma de percepción del mundo del lector, es decir, sirven para cambiar el mundo". La novela no es entretenimiento, "es sobre todo una herramienta de investigación existencial, un utensilio de conocimiento de lo humano". Las novelas no sirven, puntualiza Cercas, para brindar certezas o pasar el rato, su obligación "consiste en ampliar el conocimiento humano". Disculpe el lector la repetición de las ideas. *El punto ciego* es un libro, pese a su brevedad, muy reiterativo.

Las novelas no ofrecen respuestas, afirma Cercas, su "respuesta es la propia búsqueda de una respuesta, la propia pregunta, el propio libro". A lo largo del volumen, esta frase se repite, literalmente, once veces. La repetición machacante es la de un profesor que quiere dejar muy clara su idea. Tanto que arremete en contra de los que no la comparten. Hay lectores, sentencia Cercas, "cobardes o timoratos o incompetentes [...] lectores que no encuentran el punto ciego o que lo encuentran y no lo reconocen o prefieren no reconocerlo, y que por lo tanto renuncian, ineptos o aprensivos, a las complejidades, ambigüedades, paradojas o ironías que propone el autor". No es que Cercas tenga nada en contra de ese tipo de lectores ya que ellos "están en su derecho, por supuesto, aunque con ello acepten simplificar y empobrecer el libro, degradando la aventura moral e intelectual que en él propone el autor".

Hay dos tipos de novelas: las ambiciosas, irónicas y posmodernas, y las otras, las realistas, las que dicen cosas viejas en formatos caducos. Novelas revolucionarias en un lado y novelas reaccionarias en el otro. Lectores que quieren transformar el mundo y lectores cobardes, incompetentes e ineptos. Esta dicotomía, a mi juicio, empobrece el ensayo, opaca la percepción del lector y, en vez de transformar el mundo, lo reduce. Lo cual es una lástima. Tengo por Javier Cercas una admiración profunda. Considero que *Soldados de Salamina*, *Anatomía de un instante* y *El impostor* son novelas extraordinarias. Y que *El punto ciego* es un libro que no está a la altura de sus grandes creaciones narrativas. "Este libro –nos advierte el autor– no es fruto de la improvisación", sino fruto de una larga meditación sobre el papel de la novela en nuestro siglo.

Tal vez el autor debió trasladar al ensayo algunas de las virtudes que postula para la novela. El ensayo debe buscar, no ofrecer respuestas tajantes. El ensayo ganaría mucho si fuera irónico, si incluyera en él elementos de otros géneros, si sus conclusiones fueran ambiguas. *El punto ciego*, en la práctica, niega lo que ensalza para la novela. Su ensayo se habría enriquecido, quizá, de haber comprendido Cercas que la respuesta a la pregunta que plantea está en la propia búsqueda de una respuesta, en la propia pregunta, en su propio libro. –

FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ (Durango, 1963) es crítico literario y consejero editorial de *Letras Libres*. Mantiene una columna en *El Financiero*.

HISTORIA

Iconoclasia en el México liberal

Gabriela Díaz Patiño
CATÓLICOS, LIBERALES Y PROTESTANTES. EL DEBATE POR LAS IMÁGENES RELIGIOSAS EN LA FORMACIÓN DE UNA CULTURA NACIONAL, 1848-1908
Ciudad de México, El Colegio de México, 2016, 436 pp.

PABLO MIJANGOS Y GONZÁLEZ

Desde los comienzos del cristianismo, las imágenes sacras han sido un instrumento muy eficaz para representar, evocar y comunicar los misterios y enseñanzas centrales de la fe. En tanto expresiones visuales de lo sagrado, muchas veces atribuidas a la intervención directa del poder divino (como nuestra Virgen de Guadalupe), las imágenes también han sido objeto de profunda veneración por parte de los fieles y en esa medida una causa de intensos debates acerca de su legitimidad como medio de evangelización. ¿No existe acaso el riesgo de sustituir la escucha de la Palabra de Dios por el culto de ídolos fabricados por el hombre? Los temores de quienes han visto en la imagen no un auxilio para el creyente, sino una distracción de carácter diabólico, han dado lugar a una larga historia de revueltas iconoclastas:

destrucciones masivas del patrimonio artístico de las iglesias como una forma de combatir la idolatría y reorientar la atención del pueblo hacia el Dios encarnado en Jesucristo. No es casual que la iconoclasia haya sido un elemento central de varios movimientos contra la corrupción eclesial, particularmente la Reforma protestante del siglo XVI.

El reciente libro de Gabriela Díaz Patiño aborda la presencia del fenómeno iconoclasta durante la segunda mitad del siglo XIX y su impacto en la religiosidad popular de la arquidiócesis de México. Aunque la autora aclara que no existió una "construcción teórica iconoclasta" por parte de los gobiernos liberales, su investigación demuestra que el nuevo Estado trató a las imágenes sagradas como "enemigos invisibles a vencer", pues estas ocupaban un lugar privilegiado en la conciencia colectiva y la nación moderna requería, en palabras de José María Luis Mora, "una reforma caracterizada por revoluciones mentales que se extiendan a la sociedad". Este viejo anhelo de transformación cultural, aunado a la implementación de las leyes liberales sobre desamortización y nacionalización de bienes eclesiásticos, facilitaría la destrucción y desaparición de obras pictóricas y escultóricas de arte sacro, así como la ruina de numerosos templos. Además de incidentes bien conocidos, como la destrucción del gran convento de San Francisco en la Ciudad de México, Díaz Patiño recuerda que el gobierno liberal llegó incluso a considerar la demolición del magnífico Sagrario Metropolitano en 1869, a fin de sustituir dicho edificio por un nuevo recinto para el Congreso de la Unión, decorado "con las estatuas de nuestros grandes oradores parlamentarios".

La contribución más interesante del libro, sin embargo, tiene que ver con los efectos que tuvieron estas medidas iconoclastas. Por un lado, la autora analiza casi ocho décadas de cambios en las prácticas devocionales de los fieles católicos, provocados tanto por la Reforma liberal como por las políticas "restauradoras" promovidas desde Roma por los pontífices León XII, Pío IX y León XIII (y adoptadas con entusiasmo por la jerarquía mexicana). Al igual que otros historiadores, Díaz Patiño advierte una cierta decadencia del arte sacro en el siglo XIX, pero subraya que, frente a dicha realidad, la Iglesia optó por promover la recuperación de antiguos íconos marianos y por fomentar una "cultura exacerbada de piedad religiosa", centrada en el rezo cotidiano del rosario y en la veneración al Sagrado Corazón de Jesús, la Inmaculada Concepción de María y la figura protectora de san José, elementos básicos de un nuevo modelo devocional que apostaba por afirmar la presencia del catolicismo tanto "en la vida privada como en todos los sectores de la vida social". Este modelo alcanzaría su mayor éxito durante los años finales del porfiriato, cuando comenzaron a construirse nuevos templos, se redecoraron las iglesias con vitrales, pinturas y esculturas modernas, y las procesiones de imágenes regresaron a las calles de la arquidiócesis.

Por otro lado, a la par de describir este "retorno de lo católico en el espacio urbano", la autora también destaca el activismo de las iglesias protestantes que entraron a México gracias a la Ley de Libertad de Cultos de 1860 y que inmediatamente se sumaron a esta "guerra cultural". Haciendo mancuerna con el liberalismo jacobino, los protestantes denostaron el culto a las imágenes como un mecanismo de manipulación de las conciencias por parte del clero católico y atribuyeron el arraigo de las devociones populares a la "ciega credulidad de los indígenas" y de tantos otros "fanáticos y supersticiosos". De esta manera, frente a las campañas protestantes contra la "idolatría", los católicos se vieron obligados a reformular los argumentos teológicos contra la iconoclasia bizantina del siglo VIII, así como las doctrinas del Concilio de Trento respecto a las imágenes sagradas. Este debate permitiría que los protestantes fueran escuchados por una franja más amplia de la población, pero también ayudaría a que el catolicismo mostrara toda su "capacidad regenerativa".

Aunque el debate sobre las imágenes demuestra nuevamente que la Reforma privó a la Iglesia católica de su tradicional "monopolio de las creencias religiosas", el libro no demuestra necesariamente que el liberalismo hubiera logrado expulsar por completo a la religión de la vida pública. De entrada, porque la propia política liberal se nutrió del reformismo filo-jansenista del siglo XVIII hasta bien entrada la década de 1870. Y, sobre todo, porque lo que esta obra descubre es una diversificación del panorama religioso mexicano y una profunda transformación del catolicismo nacional en sintonía con las directrices del Vaticano. Determinar qué tanto contribuyeron ambos procesos a la inacabada secularización de la cultura mexicana es una tarea que todavía tenemos pendiente. –

PABLO MIJANGOS Y GONZÁLEZ es historiador, profesor del CIDE y autor del libro *The lawyer of the church* (University of Nebraska Press, 2015).